

III CREASPORT

EL HOMBRE BLANCO DE LA FOTO

Jose Ignacio Tamayo

Nos han tratado muy bien. En el oficio religioso hemos estado en la cabecera, y luego nos han llevado a un gran salón con el presidente de la Federación Australiana y con todos los periodistas que cabían allí. Uno de ellos me ha dicho que la marca que Norman obtuvo en los Juegos todavía seguía siendo récord de Oceanía. Parece mentira que desde el sesenta y ocho aún se mantenga. Me he alegrado. No porque tuviera importancia ya sino porque, además de por lo que pasó entonces, se le recordaría por sus méritos deportivos. En el funeral Tommie y yo hemos ayudado a cargar el féretro. Y han tenido la condescendencia de pedirnos que nos pusiéramos delante. Seguramente para que saliéramos nosotros en primer plano de la foto de los periódicos y eso diera más relevancia al acto. Se merecía, siquiera por una vez, que él fuera el centro de todos los focos. Más después de todo por lo que pasó. Oí que le tuvieron que amputar una pierna y que además había terminado siendo un alcohólico. Qué triste. De fondo han puesto la música de *Carros de fuego*. Ha sido muy bonito.

Y claro, en esos momentos, llevando el féretro con los ojos mojados por las lágrimas, ¿en qué iba a pensar sino en la misma carrera? La he visto decenas de veces en vídeo, pero los detalles mas importantes los tengo grabados en la cabeza de aquel mismo momento. La impresión de poderío que daba correr sobre el tartán, que era la primera vez que se utilizaba en unos Juegos. O el color de las gradas, por ejemplo. La mayoría de las imágenes que andan por ahí están en blanco y negro, pero yo tengo metidos en los ojos el rojo y el verde de la vestimenta del público. Hasta guardo en la memoria la sensación física de la respiración. Parece mentira. Y también la de la

largura de mi zancada. Recuerdo que me emocioné al darme cuenta de que entraba el primero en la recta. Y, por un momento hasta pensé que podría ganar. Pero Tommie me rebasó rápidamente. Ya imaginaba que iba a ser así. Tenía un *rush* final con el que no podía competir. Lo que no esperaba es que nadie me adelantara en la misma línea de meta, sobre los cuadros de llegada. Y menos un blanco. Un australiano. En ese momento sentí rabia, pero enseguida caí en que Tommie y yo íbamos a estar en el podio. Los dos. Como queríamos. Y en que eso era lo verdaderamente importante. Me abracé a mi compañero y luego Norman se nos acercó para felicitarnos. Como los tres hablábamos inglés nos entendimos bien. Nos dimos una enhorabuena limpia, y enseguida él se fue a celebrarlo con su gente.

Tommie y yo no habíamos ido a Méjico solo a conquistar una medalla. Queríamos reivindicar a nuestra gente. Seguir la estela del reverendo King al que hacía solo unos meses que habían pegado cuatro tiros en Tennessee. Y la de tanta pobre gente que vivía hacinada en barrios como el South Side de Chicago. O que no podía aspirar a más que a ser lavacoches, o a limpiar la basura de los blancos. Así que teníamos decidido que si subíamos al podio íbamos a ir descalzos para denunciar la miseria en que nos tocaba vivir. Y a ponernos unos guantes negros en símbolo del poder de nuestra raza. Yo creo que esa determinación nos dio más fuerza y nos ayudó a lograr el triunfo. Soñábamos con el oro y la plata, pero que yo estuviera tercero no iba a quitar importancia a nuestra reivindicación.

Todo se torció al día siguiente de la carrera, cuando estábamos a punto de salir para la ceremonia de entrega de las medallas y me di cuenta de que, con los nervios, había olvidado mis guantes en la Villa Olímpica. Se me vino el mundo encima por mi torpeza. Sin apenas levantar la voz, en el túnel de salida al Estadio, se lo conté a Tommie. Me miró con cara de susto. Y me dijo que si yo no me ponía los guantes él tampoco lo haría. Que iba a parecer que no éramos partícipes de la misma causa. Estábamos a punto de mandarlo todo al traste cuando Peter Norman se acercó y nos propuso una solución:

—Oye, por qué no os ponéis un guante cada uno y ya está.

De puro simple la solución era genial. Nos sonreímos y mi compañero me entregó su guante izquierdo. Salimos con nuestras zapatillas deportivas en la mano. Esa es otra de las sensaciones que no se me irán nunca. Con los nervios a flor de piel era como si notase cada brizna de hierba del césped del Estadio. Norman caminaba en primer lugar y yo era el último de la comitiva. Llevaba el guante que me había dado Tommie en el bolsillo del chándal. Lo palpé varias veces camino del podio. Como si temiese volver a meter la pata y que se me cayera en el trayecto. Al notarlo en mi mano, pensé en lo que nos llevaba a actuar así. En escuelas a las que solo podían ir niños blancos. Y en las personas linchadas o asesinadas por las que solo sus familiares dijeron una oración. También pensé en mis padres, que nacieron en Cuba y que habían emigrado a América para poder darme un futuro.

Otra de las cosas en las que reparé en ese momento fue en que ese hombre australiano que me quitó el segundo puesto en el último momento era mucho más pálido de lo que me había parecido en un principio. Un blanco con el alma negra, pienso ahora. Me duele no poder recordar el número de su dorsal. No sé por qué, antes de venir a su funeral, le he pedido a mi nieto que lo buscara en el ordenador. Que ahí se encuentra todo. Pero no ha podido dar con él. Hay decenas de fotos de nosotros. Yo llevaba el 307 y Tommie el 259, pero todas las imágenes tuyas que he visto se cortan a la altura del pecho. O simplemente le ignoran. Parece que ese es el destino de algunas personas. Pasar desapercibidas. Algunos le han llamado, con cierto desdén, el hombre blanco de la foto. Casi como si su presencia estorbara. Pero él fue tan importante como nosotros en lo que ocurrió.

Lo que vino después, cuando nos subimos a los cajones, lo conoce la mayoría de la gente aficionada al deporte. Y los que no lo han sido nunca, porque el escándalo con las imágenes de nuestros puños en alto, mientras manteníamos la cabeza baja, dieron la vuelta al mundo. No fue un desprecio al himno de nuestro país, sino una manera de demostrar que estábamos sometidos. Lo que la mayoría ignora es lo que tuvimos que sufrir por ello. La suspensión y el tener que buscarnos la vida como lo que éramos: negros en un país que no nos consideraba ciudadanos. Y no como

campeones olímpicos que habían dado gloria a América.

Finalmente, cuando hemos llegado al Campo Santo, nos hemos congregado alrededor del hueco que habían excavado para dar sepultura a Norman. Su hijo ha dicho unas palabras y luego han bajado el féretro con unas cuerdas. Poco a poco, como si temieran que cayese de golpe. Cuando las han retirado alguien ha arrojado unas flores. Finalmente, cuando he visto a un trabajador cargando la pala y haciendo el gesto de arrojar tierra, le he pedido que se detuviera un momento. He echado mano del bolsillo de la chaqueta y he sacado entonces mis guantes. Los que olvidé aquel día, y que aún guardaba desde entonces. Agachándome los he depositado con cuidado sobre el ataúd. Y me he sentido orgulloso. No por el detalle, que era lo mínimo que debíamos al hombre blanco de la foto, sino por haber recordado, esta vez sí, que tenía que llevarlos.